

# Hasta siempre, maestro

Hernán Lavín Cerda

Aunque ustedes no lo crean, voy escribiendo con lágrimas en los anteojos, y estas lágrimas me perturban, no lo niego, aunque tal vez van iluminándome por dentro. Alguien nos habla por teléfono para decirnos que Rubén Bonifaz Nuño acaba de morir. ¿Cómo?, digo apenas, váyanse al diablo, no es posible, lo digo con mucho respeto, no es posible. Además de ser un gran poeta en verso y en prosa, los seres como Bonifaz Nuño no murieron ayer y no se morirán nunca. Ellos resucitan jubilosamente. En su día, dije lo mismo de Julio Cortázar y de Eliseo Diego. Ahora y en la hora, así es: únicamente resucitan.

Augusto Monterroso y Ernesto Mejía Sánchez me presentaron al gran maestro Bonifaz Nuño, cuando recién habíamos llegado a México en calidad de exiliados, luego de aquel infarto castrense y mortal al miocardio de la República de Chile. ¿Recuerdan? Ellos publicaron *Ciegamente los ojos* (1962-1976), mi primera antología poética editada en la colección Poemas y Ensayos, de la Universidad Nacional Autónoma de México, que dirigía el inolvidable Juan García Ponce. Dicha obra se publicó el 28 de julio de 1977. Pocos días después, otro inolvidable maestro y artista de la palabra, Carlos Montemayor, me presentó formalmente a Rubén Bonifaz Nuño, quien con mucha amabilidad me regaló algunos de sus libros y, dos años más tarde, un ejemplar de la primera edición de esa obra fundamental no sólo de México sino de la lengua hispanoamericana: me refiero a *De otro modo lo mismo*, que publicó el Fondo de Cultura Económica en 1979.

Son tantos los recuerdos y las imágenes que vienen a mi memoria. Fui leyendo paso a paso su escritura poética y el entusiasmo ganó esa batalla. Cómo olvidar aquellos versos de su libro *Fuego de pobres*, de 1961: “Algo se me ha quebrado esta mañana / de andar, de cara en cara, preguntando / por el que vive dentro. // Y habla y se queja y se me tuerce / hasta la lengua del zapato, / por tener

que aguantar como los hombres / tanta pobreza, tanto oscuro / camino a la vejez; tantos remiendos, / nunca invisibles, en la piel del alma. // Yo no entiendo; yo quiero solamente, / y trabajo en mi oficio. / Yo pienso: hay que vivir; dificultosa / y todo, nuestra vida es nuestra. / Pero cuánta furia melancólica / hay en algunos días. Qué cansancio. // Cómo, entonces, / pensar en platos venturosos, / en cucharas calmadas, en ratones / de lujosísimos departamentos, / si entonces recordamos que los platos / aúllan de nostalgia, boquiabiertos, / y despiertan secas las cucharas, / y desfallecen de hambre los ratones / en humildes cocinas. // Y conste que no hablo / en símbolos; hablo llanamente / de meras cosas del espíritu. // Qué insufribles, a veces, las virtudes / de la buena memoria; yo me acuerdo / hasta dormido, y aunque jure y grite / que no quiero acordarme. // De andar buscando llego. / Nadie, que sepa yo, quedó esperándome. / Hoy no conozco a nadie, y sólo escribo / y pienso en esta vida que no es bella / ni mucho menos, como dicen / los que viven dichosos. Yo no entiendo. // Escribo amargo y fácil, / y en el día resollante y monótono / de no tener cabeza sobre el traje, / ni traje que no apriete, / ni mujer en que caerse muerto”.

Paso a paso fui venciendo la timidez y me acerqué al maestro, quien siempre nos recibía con amabilidad y elegancia de espíritu. Más de una vez me sugirió que le hablara de Pablo Neruda, ese poeta que “podía darse el lujo de ser espléndidamente imperfecto”. Entonces tomaba de su librero un ejemplar de *Residencia en la tierra* y me leía con entusiasmo algunos versos del poema “Barcarola”: “Si solamente me tocaras el corazón, / si solamente pusieras tu boca en mi corazón, / tu fina boca, tus dientes, / si pusieras tu lengua como una flecha roja / allí donde mi corazón polvoriento golpea, / si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando, / sonaría con un ruido oscuro, con sonido de ruedas de tren con sueño, / como aguas vacilantes, / como el otoño en ho-

jas, / como sangre, / con un ruido de llamas húmedas quemando el cielo, / sonando como sueños o ramas o lluvias, / o bocinas de puerto triste, / si tú soplaras en mi corazón cerca del mar, / como un fantasma blanco, / al borde de la espuma, / en mitad del viento, / como un fantasma desencadenado, a la orilla del mar, llorando'. ¿No le parece un fraseo envolvente y muy rítmico? Desde el punto de vista de los versos entendidos bajo el rigor de una cierta medida, vemos que no hay mucho equilibrio y aparecen de pronto las irregularidades. Sin embargo, la escritura no se cae porque el ritmo cadencioso y un tanto marítimo la sostiene. Yo diría que no obstante algunas imperfecciones en su hechura, el poema, como unidad, se mantiene en pie. Neruda podía darse esos lujos; su poema es admirable, más allá de lo que acabo de decir. Por desgracia, yo no puedo. Carezco de esa virtud. A menudo, necesito de un chaleco o más bien de una medida para que mi escritura poética fluya como es debido. Mi chaleco tiene un nombre y se llama decasílabo. En aquel reino decasilábico me siento seguro y puedo fluir sin mayores dificultades. Así se me dio este oficio desde siempre. Soy un aprendiz de poeta que más o menos fluye decasilábicamente”.

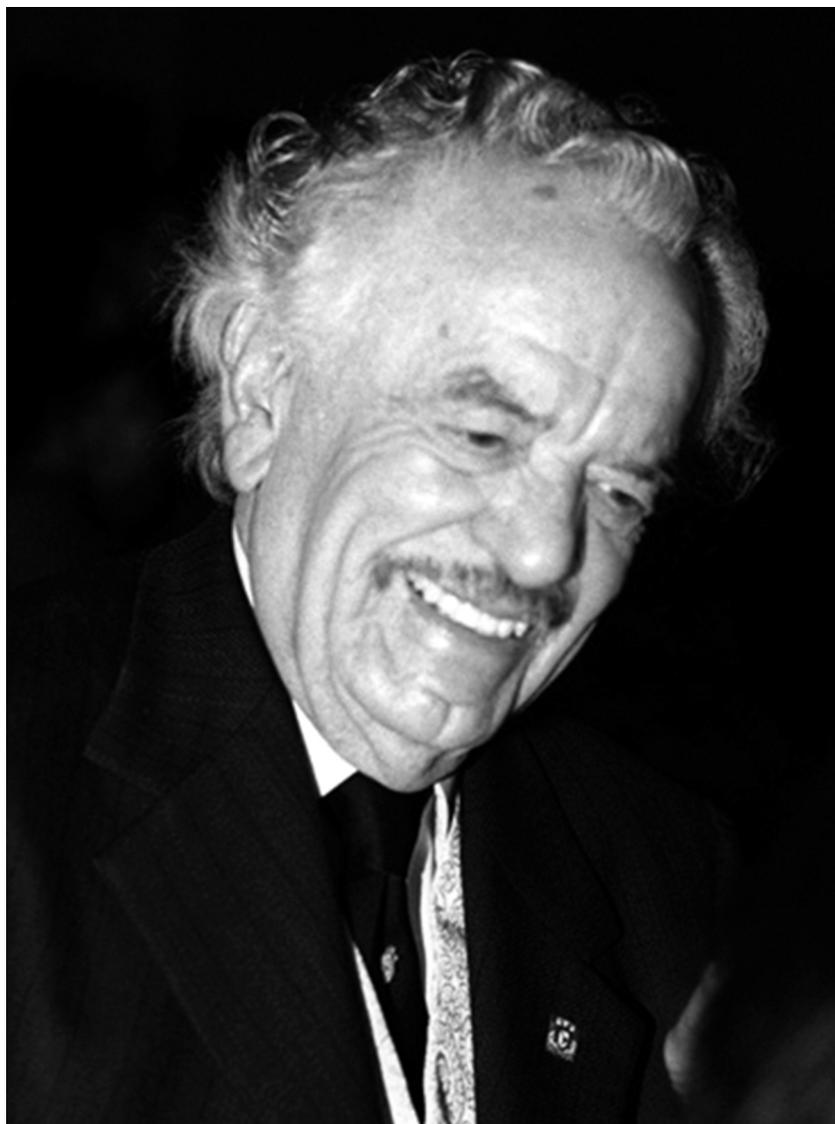
“Permítame disentir”, le digo a media voz: no todos sus versos son decasílabos. “Y no creo que usted necesite de un chaleco para descubrir, en su escritura, el milagro de la poesía. ¿No será que usted, maestro, es demasiado riguroso con usted mismo? Mi impresión es diferente. Creo que todo lo que escribe Bonifaz Nuño surge del vientre materno de la poesía, sí, del mismísimo Arte de la Palabra”. “No, maestro Hernán, permítame que yo ahora discrepe con usted. Neruda es una especie de monstruo en el reino de la poesía y nosotros somos aprendices. ¿No le parece?”. “Ahora soy yo el que disiente nuevamente con usted, don Rubén, cuando leo y releo en voz alta los textos de su obra *De otro modo lo mismo*. Siento y pienso que usted es un célebre poeta, un verdadero y singular artista”.

Transcurrió el tiempo sin casi darnos cuenta: del hoy al mañana, paso a paso, mientras el porvenir se fugaba sin misericordia. Yo visitaba al maestro con frecuencia en Ciudad Universitaria. Era un deleite escucharlo: aprendíamos mucho. Su sentido del humor, el chaleco impecable y la perla en su corbata cenicienta, al modo de Rubén Darío. De carcajada más bien franca, así es, amplísima, y una profunda elegancia de espíritu. Le dolían mucho los sucesos de Chile durante la cruel dictadura castrense. Luego se refería a la compleja y siempre difícil relación entre México y los Estados Unidos de Norteamérica. “Nosotros sabemos muy bien lo que significan las actitudes expansionistas e imperiales, puesto que las hemos padecido en carne propia. Ay, maestro Lavín Cerda, qué dura ha sido nuestra historia, y tenemos tanto que hacer por delante. No olvide que

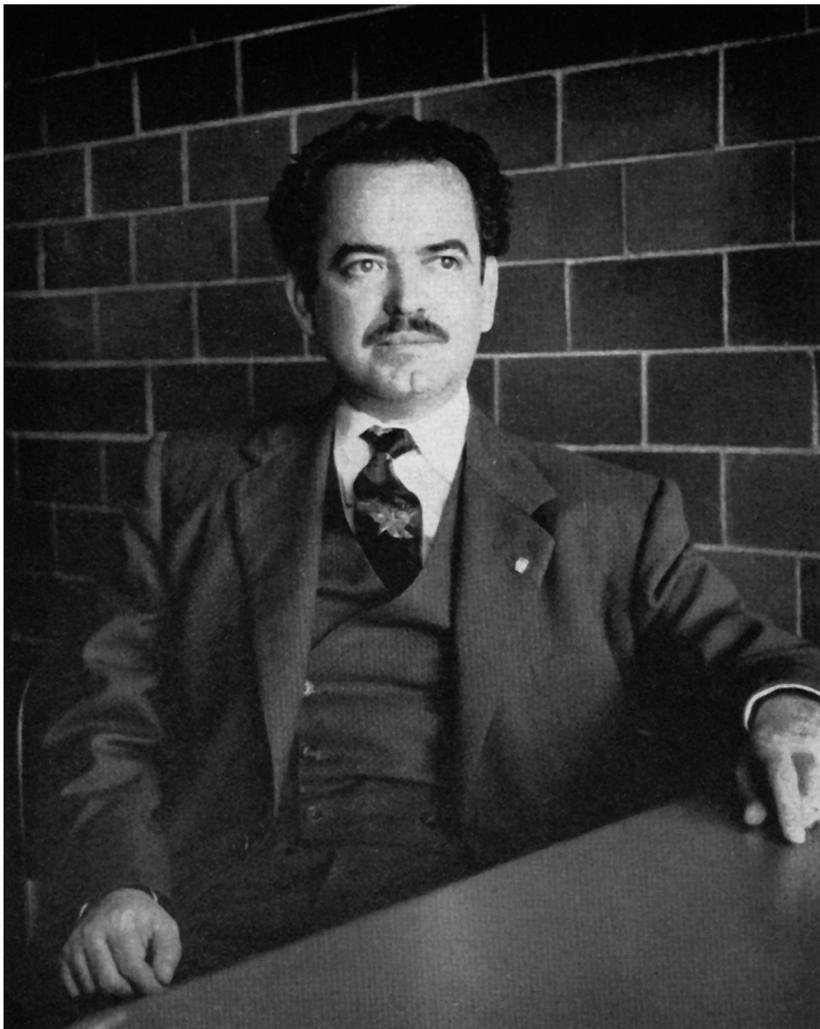
nuestros niños y jóvenes se multiplican por minuto y hay que darles una buena educación, por lo menos. Sin duda que no hay otra alternativa. Haga usted lo que pueda con sus alumnos y ayúdelos a levantar por lo menos el ánimo. No solamente la UNAM se lo agradecerá. Lo que no pudo hacer en la patria de Gabriela Mistral y de Pablo Neruda, hágalo con nuestros jóvenes que se interesan por la literatura y la poesía. México se lo agradecerá”.

#### PADECEMOS LA MISMA LOCURA

A principios de la década de 1980 visité una vez más a don Rubén Bonifaz Nuño y me atreví a pedirle que ojalá pudiera escribir unas cuantas líneas de presentación o prólogo para mi nuevo libro de aquel entonces, que finalmente editó la Universidad Nacional Autónoma de México bajo el título de *La felicidad y otras complicaciones*. Se compone de prosas o relatos breves de varia invención, ese género que cultivó desde mi época juvenil en Santiago de Chile. Le dejé el original de la obra y al poco tiempo me habló por teléfono su secretaria para decir que don Rubén quería verme en su ofi-



© Archivo / EL UNIVERSAL



cina. Al término de una de mis clases en la Facultad de Filosofía y Letras fui a verlo a su oficina, sin ocultar mi ansiedad y, por qué no decirlo, mi temor o incertidumbre. Nunca olvidaré sus palabras de maestro generoso, con belleza de espíritu y la sonrisa de siempre que no ocultaba el humor, la madurez y una pizca de melancolía. Sus ojos aún podían distinguir los detalles del mundo. Algunos años después, comenzaría en el gran maestro esa sombra ocular, mas no de su alma siempre vital, con buen humor y tan generosa. Nuevamente escribo estas palabras con más de un nudo en la garganta, y no tengo por qué ocultarlo. Los lugares comunes del idioma también ayudan a llorar por fuera y sobre todo por dentro, como dice Arturo Castro en la letra de su bolero inolvidable.

—Querido maestro Lavín Cerda, su libro de prosas breves, medianas y largas, es una muy grata sorpresa para mí. Escribí este breve prólogo que se titula “Lo posible y lo imposible”. Si me permite, recordaré en voz alta el tercer párrafo donde digo a la letra: “Todo lo que es posible está en este libro. Y están en él también muchas cosas imposibles. Aquí las arañas y los caballos y las serpientes y los fantasmas y las cucarachas y los hombres, en traje de amos o esclavos, de víctimas o victimarios, representan incesantemente sus papeles sin sentido, y aman

y matan y comen y se disuelven. Camiones y calles, alas y barcos, intercambian señales incomprensibles. Y las edades, y las miserias obscenas, y las cópulas tristes, ilustran las historias de la ciencia y el arte y la filosofía”. Su libro es eso y mucho más, pero no quise extenderme demasiado. Lo que vendrá es una moneda al aire y los lectores deberían tener la última palabra, aun cuando en el oficio literario no hay últimas palabras. ¿No le parece?

Salí de su oficina con la dicha de un niño que lleva en el alma su juguete nuevo, para utilizar esa frase hecha que no por ser hecha dejará de iluminarnos. Debo decir que el libro lo publicó la UNAM en agosto de 1988, y es para mí una obra entrañable.

En otra ocasión fui a visitar al maestro en su oficina que estaba sobre la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria. Me recibió muy afable y caballeroso como siempre. Con la misma elegancia por dentro y por fuera. Sus ojos ya empezaban a oscurecerse, aun cuando también podía sonreír a través de ellos. Hablamos de distintos temas: los estudiantes, Chile, Catulo y sus textos de amor, la poesía erótica de Neruda, Carlos Pellicer, Rosario Castellanos, Jaime Sabines, y los descubrimientos a partir de las excavaciones en el Templo Mayor. De pronto se levantó de su escritorio, fue hacia uno de los libreros y extrajo de allí el ejemplar de una obra magnífica, *El Arte en el Templo Mayor, México-Tenochtitlan*, con textos de Rubén Bonifaz Nuño y fotografías de Fernando Robles, publicada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Secretaría de Educación Pública, 1981, impreso en Japón. Confieso que me quedé con los ojos cuadrados al contemplar el volumen, para decirlo desde un lugar común que no por ser común deja de ser fiel a su propia energía. “¡Qué belleza de libro, don Rubén, lo felicito!”. “Ese ejemplar es suyo, maestro Lavín Cerda, para que siempre recuerde a los que aquí vivieron mucho antes que nosotros, los del origen, los mexicanos más antiguos”. Recuerdo que abrí el volumen y se nos apareció el vuelo circular de la enigmática, impenetrable y magnífica Coyolxauhqui. Entonces abrí al azar el libro y me encontré frente a frente con el texto en prosa que se titula “Rostro”, en la página 25, y que dice a la letra: “Separado del tronco por un espacio limitado por los jirones de la carne descubierta, se vuelve hacia arriba el enorme rostro difunto. Abierto el ojo, como si estuviera de frente, limitado por surcos profundos, se hunde entre el párpado superior, amplio y extenso, y el oro que es solamente un reborde de curvo. Se ven el ángulo de la frente huesuda, la nariz de inmensas aletas incapaces de respirar, el labio superior contraído sobre los dientes. Forzada por la caída del mentón, ya sin gobierno de la conciencia, se abre la boca dejando al aire la lengua. Como el mentón, cuelga también la carne de los carrillos y la papadilla”. “Me parece que es un poema en prosa”, dije a media voz: “hay be-

lleza conceptual, ritmo y sonoridad. No es un lenguaje anémico: ni muerto ni semimuerto en vida. Lo felicito una vez más, don Rubén, cuídese, aunque a nuestro Gonzalo Rojas no le gustaba que le dijeran cuídese... En fin de los en fines; sin duda que cada cabeza es un mundo”.

Pasó por delante la voladura más o menos cruel del tiempo. Meses y más meses. Algunos años. Al mediodía de un martes volví a visitarlo y me dijo lo siguiente: “Prométame, maestro Lavín Cerda, que visitará lo antes posible el Museo de Antropología de Xalapa, allá en Veracruz. Como usted es igual de loco que yo, le haré la siguiente confidencia: algunas de las esculturas no sólo olmecas me hablan, de pronto, cuando camino por las salas de la exposición permanente. Prométame que visitará aquel Museo de Antropología lo antes posible”. “Se lo prometo, don Rubén, se lo prometo”. Pero pasó el tiempo a la velocidad del relámpago y sólo fui por primera vez a ese museo en febrero del 2010, con motivo del encuentro *Algún día en cualquier parte. Bicentenario. Letras de Chile y México*, que fue inaugurado por el doctor José Narro Robles, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el Palacio de Minería.

Aún me recuerdo deslizándonos hacia las profundidades del museo de las colosales cabezas olmecas, así como de las caritas sonrientes, y de tantas otras maravillas que nos observan desde aquellas urnas de cristal. Voy junto a otros escritores que componen la delegación chilena, pero de pronto empiezo a rezagarme. Algo sucede en el aire y una corriente invisible me impide avanzar al mismo ritmo. Ahora es una carita sonriente de Río Blanco-Papaloapan, que data del año 600 al 900 después de Cristo, la que saca su lengua y palpitando se ríe de mí, gozosa, con una felicidad envidiable. Empieza en mi ser, entonces, un ataque de risa más o menos convulsa, pero hacia el fondo. Quiero avanzar y no puedo. Al fin avanzo apenas y de improviso vuelvo a la gran vitrina de las caritas sonrientes. ¿Dios mío, qué me sucede?, digo sin pronunciar una sola, sí, una solitaria palabra que parece venir de muy lejos como una burbuja. Entonces uno en mí se desconoce, vamos, vámonos kafkianamente, aunque no puedo. ¿Alguna vez podré salir de aquí? ¿Quién habla cuando nadie es el que habla y gesticula de este modo? Ahora es el jugador de pelota el que me hace señas cada vez más insólitas desde aquella vitrina. Se trata de un jugador de pelota decapitado. De su cuello, en vez de chorros de sangre, brotan siete serpientes, acaso una alusión a “Chicomocóatl, 7 serpientes”, la deidad del maíz maduro lista para la cosecha y a la cual se le desprenderá la mazorca, que es como la cabeza del hombre. El personaje lleva en la cintura un yugo y una palma, y con la mano sostiene una especie de hacha ritual o manopla que también se usa en el juego sagrado. Este milagro esculpido en piedra data del año 600 al 1200 después de Cristo, y me dicen que viene

del centro de Veracruz. Sea como fuere, la cabeza de la misteriosa figura está compuesta por siete brazos que amenazan con multiplicarse, y esas piernas como de perfil, cuánto enigma, y ese ombligo al centro.

Yo siento que la piedra vibra y tal vez no podré salir de aquí. Recuerdo las palabras del maestro Rubén Bonifaz Nuño: “A mí me hablan esas esculturas. Tenga mucho cuidado cuando las observe y se aproxime a ellas de un modo cómplice. Me atrevo a confesarlo ante usted, querido maestro Lavín Cerda, porque sospecho que usted también pertenece a la familia de los que se iluminan con aquel pasado que sigue vivo, por fortuna. ¿No le parece que estamos un poco locos?”. “*De otro modo lo mismo*”, como el título del volumen que reúne su obra poética”, digo a media voz, y el maestro estalla en una risa cómplice. “¿No ve que estamos locos?”.

Al fin logro escaparme de las garras del Museo de Antropología de Xalapa y llego corriendo al autobús que transporta a la delegación chilena. “Llevamos casi media hora esperándote”, me dice Nora con una molestia evidente: “¿Cómo es posible?”. “Luego te cuento lo que acaba de sucederme”, le digo mientras me hundo en el asiento: “Seguramente vas a pensar que me volví loco, y tal vez tengas la razón...”.

Al día siguiente regresamos a la Ciudad de México. Una semana después fuimos a visitar a don Rubén Bonifaz Nuño, quien recién había tenido una sesión de seminario con sus alumnos. Su visión estaba muy dañada, aunque la lucidez de su espíritu era la misma de siempre. Me aproximé a él y le dije, paso a paso, en el oído del corazón:

—Ay, don Rubén, no sabe lo que me sucedió al visitar el Museo de Antropología de Xalapa. Como usted me lo advirtió hace ya un buen tiempo, experimenté en carne viva la atracción que ejercen las obras de arte que allí se encuentran. Todo iba muy bien hasta que las esculturas empezaron a comunicarse conmigo. Me hablaron, don Rubén, sin duda que me hablaron. En un momento tuve la sensación de que no podría salir de allí. Fue una experiencia inolvidable por lo misteriosa. Una vez más, usted tuvo la razón cuando me dijo: “Cuidado, maestro, si va por aquel museo de Xalapa, tenga mucho cuidado”.

Nora y yo le dimos un fuerte abrazo. Sentimos que nos veía apenas, más con los ojos del corazón que con los ojos de los ojos, como diría un aprendiz de poeta que no puede olvidar a Macedonio Fernández. Hasta pronto, don Rubén, hasta siempre, y que los dioses de verdad, los más antiguos, nos protejan. Fue la última vez que nos vimos. Su sonrisa seguirá siendo inolvidable, como todo lo que nos dio en este mundo. Pero no, sin duda que no: los artistas de la palabra, es decir los seres tan humanos como don Rubén Bonifaz Nuño, no se mueren nunca, sí, nunca jamás. Únicamente resucitan.